

# ¿Cómo interpelar la cultura docente?

Claudia Korol propone una formación docente que parta de cuestionar los conceptos, tabúes y miedos de los docentes respecto de las mujeres, las lesbianas, las trans y travestis y de reconocer los aportes del feminismo a la comprensión de la violencia contra las mujeres como un modo de disciplinamiento social.

**PALABRAS CLAVE:**

Cultura patriarcal,  
Normatividad heterosexual,  
Pedagogía,  
Perspectiva de género,  
Violencia machista.

## How to question the patriarchal culture in teacher education?

Claudia Korol proposes a teacher education that arises from questioning the concepts, taboos, and fears of teachers regarding women, lesbians, transgender, and transvestites, and to recognize the contributions of feminism to the understanding of violence against women as a type of social discipline.

**KEYWORDS:**

Patriarchal culture,  
Regulations  
heterosexual,  
Pedagogy,  
Gender perspective,  
Violence against  
women.

---

**CLAUDIA KOROL**

*Educadora popular, participa en proyectos de formación política con movimientos campesinos, piqueteros, y organizaciones de mujeres.*

---

# patriarcal en la formación

¿Quién educa a los educadores y educadoras? ¿Cómo se educan? Y, más bien, ¿quién los “deseduca”? ¿Cómo construimos una propuesta pedagógica que permita a las y los educadores “desaprender” la cultura hegemónica patriarcal<sup>1</sup> y heteronormativa<sup>2</sup> que hoy intenta consolidarse a través de una epidemia de feminicidios y de diversas violencias —incluida la sexual— contra mujeres, lesbianas, travestis, trans y sexualidades disidentes?<sup>3</sup>

A la hora de pensar cómo crear un horizonte donde estos códigos violentos sean la excepción y no la regla, una clave fundamental es ver la forma de integrar una perspectiva de género en todos los niveles educativos y especialmente en los sistemas de formación de docentes.

Cuando hablamos en los movimientos sociales y organizaciones en los que participan mujeres, lesbianas, travestis y trans que sufren cotidianamente las violencias machistas, racistas y otras que provienen del sistema colonial capitalista —que están imbricadas y que se descargan sobre nuestros cuerpos—, nos preguntamos sobre los mejores caminos para erradicarlas.

- 1 Con el concepto de sistema y de cultura patriarcal nos referimos a las nociones que se han construido históricamente para legitimar una visión del mundo que reproduce el poder de los varones sobre las mujeres, invisibilizando el aporte de estas últimas en la creación de la vida y en el trabajo, deslegitimando los saberes de las mujeres formados ancestralmente y a lo largo de la historia, negando la capacidad de las mujeres para intervenir en la historia, en la política, en las artes, en las ciencias. Es una cultura que busca recluir a la mujer en el ámbito de lo doméstico, de lo privado, dejando la actividad pública como espacio de poder de los varones.
- 2 Por cultura heteronormativa entendemos la instauración de la heterosexualidad como norma obligatoria en las relaciones, negando otras modalidades de ejercicio de las sexualidades. La heterosexualidad obligatoria es inherente al sistema de poder patriarcal.
- 3 Nombramos sexualidades disidentes a aquellas que se apartan y cuestionan la normatividad heterosexual.

Surge entonces una interpelación enérgica a las instituciones educativas, a los medios de comunicación, al sistema de justicia, a las religiones, a los partidos, al Estado. Cuando pensamos en los caminos más eficaces para modificar estas instituciones aparecen, en primer lugar, las experiencias que intentan transformar al sistema educativo en su conjunto. Pero el talón de Aquiles sigue estando en quién educa a los educadores.

No se trata solo de integrar contenidos relacionados con una perspectiva de género en algunas de las materias que se enseñan, o de la creación de materias específicas para abordar determinadas temáticas. Pensamos en algo más complejo todavía. Se trata de interpelar a la cultura patriarcal desde la totalidad de la propuesta educativa. Esto significa cuestionar qué y cómo se enseñan la historia, la pedagogía, la literatura, la geografía e incluso las matemáticas. Cómo se cuestionan las nociones de ciencias “duras”, y quiénes tienen acceso a ellas. Se trata también de zanzar y conmover los contenidos “bancarios”<sup>4</sup> que se transmiten de generación en generación, que invisibilizan los aportes y las experiencias de las mujeres, nuestros saberes ancestrales, nuestras estrategias de sobrevivencia, nuestras necesidades y lógicas, nuestras subjetividades, emociones y pensamientos. Poner en diálogo esos contenidos con la vida misma genera ansiedades, conflictos y angustias para los cuales no existe respuesta en los ámbitos de las instituciones educativas que conocemos. Entonces, generar una profunda reflexión en el espacio en que se forman

- 4 Paulo Freire llamó “educación bancaria” a aquella que consiste en “depositar saberes” en educandos que según la pedagogía tradicional serían personas sin saberes, ignorantes. Es una educación que tiende a reproducir y eternizar los sistemas de dominación, invisibilizando las opresiones. Propuso como alternativa una pedagogía que revalorice y parta de los saberes de las y los educandos y que profundice en diálogos de experiencias y de teorías.

los educadores y educadoras pasa a ser un paso estratégico de esa transformación.

### ALGUNAS PREGUNTAS DESDE NUESTRAS EXPERIENCIAS

Escribo desde una experiencia situada en tiempo y territorio. Soy feminista, educadora popular, habitante del Abya Yala,<sup>5</sup> internacionalista, madre de una hija, soñadora, rebelde. En las últimas décadas, como ejercicio de pedagogía feminista, participo de diálogos con mujeres, lesbianas, travestis, trans, y disidentes del heteropatriarcado.

Vivo los virajes del tiempo histórico, las esperanzas, los deseos, los cambios de paradigmas desde un cuerpo que siente cómo en los años que pasan las mujeres vamos acopiando aprendizajes y desaprendizajes, memoria, heridas, placeres. Constatamos en nuestro corazón, en nuestras manos, en nuestra piel que cada contexto nos presenta nuevas complejidades que nos obligan a volver sobre el camino con amor, pero también críticamente.

Este tiempo en particular nos exige caminar permanentemente al borde del abismo. Y por ahí vamos, desequilibradas, esquivando obstáculos, en permanente inestabilidad, pero sin perder el gusto por el movimiento, por el cuidado colectivo, por la aventura compartida. Me refiero al abismo en el que se derrumban los saberes dogmatizados, colonizados, congelados, de una "educación bancaria" que, a pesar de ser la modalidad hegemónica en nuestros currículos educativos, cada vez puede depositar menos conocimientos, porque no hay interés ni curiosidad de la sociedad en su "bolsa de valores".

Es el abismo que muchas veces nos cuesta visualizar en tanto las prácticas pedagógicas se vuelven rutinarias, y porque los ritmos desenfrenados que impone la guerra de baja intensidad a la que estamos sometidas las mujeres nos generan dificultades para detenernos a pensar, a sentir, a compartir y a decidir colectivamente estrategias de sobrevivencia que fortalezcan un horizonte de emancipación, consolidando logros y cuidando nuestras experiencias como tesoros en la memoria colectiva de las mujeres insumisas.

5 Abya Yala es el nombre con el que el pueblo kuna de Panamá nombra al continente antes de la colonización. Es un nombre recuperado por los pueblos originarios como parte de los esfuerzos de descolonización de nuestros modos de reconocernos e identificarnos. Puede traducirse literalmente como "tierra de sangre" o "tierra viva".

### HACIA UNA PEDAGOGÍA DE LA PREGUNTA

Nos encontramos cotidianamente con educadores y educadoras que se preguntan intuitivamente cómo enseñar el *abecé* de la vida. Hay una alfabetización pendiente que se vuelve básica, y que no se refiere estrictamente al abecedario sino al reconocimiento de las palabras generadoras de nuestras experiencias como mujeres. ¿Mujer es igual a madre? ¿Amor es igual a propiedad? ¿Lo femenino es igual a lo sumiso? ¿La obediencia es señal de respeto? ¿La familia es un lugar de cuidado?

Las educadoras y los educadores que trabajan con estudiantes que llegan atravesados por historias de violencia, de abuso, de hambre y de muerte nos dicen que les resulta muy complejo saber por dónde empezar a tratar los temas previstos en los currículos oficiales. Pero además se preguntan si esos currículos tienen algo que ver con las necesidades de los niños, niñas, jóvenes y adultos y adultas. Porque cuando se logra el interés de los y las estudiantes, los temas que se plantean son más complejos que los que están propuestos en cualquier manual.

Se preguntan y nos preguntamos, entonces: ¿qué podemos enseñar en las escuelas que nos permita comprender el mundo en el que nacemos, crecemos y vivimos? Y, más aún: ¿es necesario comprender el mundo? ¿Queremos comprender el mundo o queremos empezar a cambiar lo que no comprendemos porque es absurdo, violento y destructivo para nuestras vidas? ¿Cómo entender las lógicas que esterilizan a las mujeres, que nos invisibilizan, que nos matan? ¿Cómo enseñamos que en este tiempo las relaciones de poder condenan a la mayor parte de la humanidad, incluidos nosotros y nosotras, apenas a sobrevivir?

Desde este preciso contexto podemos seguir preguntando: ¿cómo pensar la sexualidad? ¿Cómo crear espacios para imaginar y vivir una sexualidad plena? ¿Para qué hacerlo? ¿Cómo establecer relaciones interpersonales que no sean de dominación y opresión sino de solidaridad? ¿Cómo se enseña a los varones no solo a no maltratar a las mujeres, sino a ser parte de las iniciativas para detener la ola de violencia feminicida? ¿Cómo se enseña a las mujeres a cuidarnos, a defendernos, a rebelarnos frente a todos los abusos? ¿Cómo crear una pedagogía que deje fluir las preguntas? ¿Una sin miedo a no tener respuestas y que abrigue el deseo de inventar esas respuestas colectivamente?



Nos interrogamos desde una pedagogía que quiere valorizar el lugar epistemológico de la pregunta y que evita las respuestas simples. ¿Cómo educamos nuestra posibilidad de escucha y de aprendizaje para que en el diálogo entre educadoras y educadores, educandos y educandas, podamos sensibilizarnos, aprender, sentir y tocar el dolor, y aprender juntos a rebelarnos contra él? ¿Cómo intentamos que la educación no sea un mero espacio de acopio de informaciones y capacidades, sino un lugar de creación de nuevas maneras de relacionarnos?

Para la educación hay siempre demasiadas respuestas. Para poder imaginar un proyecto pedagógico que interese y atienda a la curiosidad, que es una base central para los procesos de conocimiento, debemos formular una pedagogía de la pregunta, de la indagación, de la crítica, de la investigación sistemática de todo lo que se cree cierto y dado. Al formular una propuesta que pretende deseducarnos de la experiencia patriarcal es necesario deconstruir aquellas certezas que surgen de los tabúes, de los temores, de los dogmas y de los sistemáticos procesos de castración del deseo, característicos de los sistemas de opresión y enajenación de los seres humanos.

### **HACIA UNA PEDAGOGÍA DE LOS DERECHOS HUMANOS Y DE LOS DERECHOS DE LAS MUJERES**

Proponer una perspectiva de género en el ámbito educativo parece tan lógico como proponer una

perspectiva de derechos humanos. Sin embargo, ambas resultan muchas veces ajenas a las prácticas pedagógicas cotidianas. Incluso pueden figurar parcialmente en algún currículo. Pero, en la práctica, los límites los ponen las contradicciones de enseñar lo que no existe en la realidad. Me refiero, por ejemplo, a hablar de derechos como horizontes utópicos en los que es difícil generar confianza y credibilidad.

En el imaginario social suele aceptarse la enseñanza de los derechos humanos, aunque éstos se violen de modo sistemático a causa de las políticas de militarización y control de la vida social, de la criminalización de la pobreza, de la judicialización de la protesta, de la represión de los pueblos y de la destrucción de los territorios y los cuerpos.

Sin embargo, cuesta aceptar la inclusión de los derechos de las mujeres como parte del currículo educativo. Aunque sean proclamados cada 8 de marzo, ellos suelen ser invisibilizados el resto del año porque siguen siendo altamente subversivos para un mundo en el que el poder es heteropatriarcal y misógino. Los derechos de las mujeres, de las lesbianas, de las travestis y trans están marcados por la cultura inquisitorial de los fundamentalismos religiosos, que ejercen poder de veto frente a los programas de estudio y en la vida cotidiana en general.





Crear una perspectiva de género en la educación significa una profunda democratización y descolonización de las prácticas pedagógicas, y supone desandar contenidos y formatos pedagógicos que han sustentado la violencia contra las mujeres hace siglos. La invisibilización de nuestros aportes en la historia, en las letras, en las ciencias y en las tecnologías es una violencia que busca desaparecernos como sujetos sociales, históricos, políticos.

Eso implica reproducir un imaginario que consolida los roles tradicionales que propone la división sexual del trabajo y los mandatos diferenciados que aseguran los privilegios de los varones en el sistema patriarcal. Si no existimos en la historia podemos ser negadas en la vida misma. Los sujetos que viven los privilegios del sistema patriarcal, entre ellos el "existir" y "tener historia que se considera universal", se creen con todos los derechos sobre la vida desvalorizada de las mujeres.

Por lo tanto, pensar en una perspectiva de género en la educación obliga a reconsiderar, como parte de una auténtica revolución epistemológica, el conjunto de los conceptos con los que los propios educadores y educadoras se han formado. Obliga también a cuestionar y transformar la relación de las educadoras y los educadores con las educandas y los educandos, y a pensar críticamente las relaciones de poder entre los géneros, en un diálogo no jerárquico que se sostenga

en el deseo de cambiar el mundo y no en la disciplina homogeneizante.

### LOS TABÚES Y MIEDOS SON CENTRALES EN LA ESCENA DE LAS RESISTENCIAS

Enfrentar cada clase como un encuentro, y no como una sucesión de sermones desde el púlpito, genera inquietud, miedos e inseguridades. Transmitir lo aprendido en otro tiempo a personas que, entre las convulsiones del mundo actual, buscan tener proyectos de vida y a otras que carecen de cualquier proyecto, significa desafiar los tabúes y asumir los miedos. Los tabúes son nichos religiosos donde se aloja "lo que no se habla", lo que no se puede nombrar.

Las distintas dimensiones de la sexualidad suelen ser tabúes que nos impiden conocer, disfrutar de aspectos fundamentales de nuestras vidas, gozar de nuestros cuerpos. Con una raíz en las religiones, estos tabúes se extienden a las prácticas sociales generales, de modo que cuando se habla de estos temas es en clave de disciplinamiento, de control de los cuerpos; o también desde la oferta del sistema patriarcal de mercado en términos de pornografía, prostitución y de diversas modalidades enajenantes de la sexualidad humana y violentas para las mujeres, lesbianas, trans y travestis.

Lo que no se puede nombrar no se conoce, y lo que se desconoce provoca miedo. Pero el miedo en este caso



abarca no solo a las y los posibles estudiantes, sino especialmente a los educadores y educadoras. Porque una posible interpelación de las y los estudiantes nos remite a lo que no tenemos elaborado sobre nuestras propias experiencias, ya sea en lo referente a la sexualidad o en los vínculos amorosos.

El miedo resulta además un factor fundamental en las resistencias de los padres y madres a que sus hijos e hijas accedan a información y a la formación sobre las temáticas de género. Esto suele poner en cuestión el propio modelo de familia y sus experiencias en la sexualidad y el amor, las modalidades más dogmáticas de la fe a la que se pueden adherir y a las creencias arcaicas.

Hay demasiados intereses que surgen de la estructura rígida del patriarcado y de quienes lo sostienen y reproducen, para que los procesos educativos no sean atravesados por una perspectiva de género. Sin embargo, es necesario asumir que esas resistencias son también factores conservadores que buscan perpetuar un orden basado en la sumisión y obediencia de la mitad de la población, y que el modo de lograrlo es a través de la violencia.

Los feminicidios y la violencia sexual son inherentes a un sistema que se basa en la violencia para sostenerse. Por lo tanto, es imprescindible reintegrar los cuerpos,

los sentimientos, los pensamientos y los actos para que se democratizen los vínculos cotidianos y para que se sostenga la vida, se remuevan los tabúes y los miedos y resurjan los vínculos basados en la libertad, en el deseo y en la creatividad.

Reivindicar el deseo en la práctica pedagógica es altamente subversivo. Los educadores y las educadoras formados en el reconocimiento del deseo como motor para cambiar la historia —tanto como la lucha de clases— podrán crear en sus aulas espacios de “contagio” de ganas de vivir, en oposición a un sistema que empuja de manera sistemática hacia la muerte especialmente a las mujeres y a las y los jóvenes.

El deseo y la esperanza crean condiciones para realizar procesos individuales y colectivos de conocimiento, en los que los saberes transmitidos, compartidos o nacidos del proceso pedagógico se encuentren con prácticas y experiencias vitales. Estamos proponiendo una praxis del deseo que dinamice la escuela y el aula, que les transmita ganas de remover los obstáculos que les impiden saber qué quieren y cómo realizarlo.

No hay proceso de conocimiento que nazca de la mera repetición de la rutina. Eso puede ser un proceso de entrenamiento, en el mejor de los casos. Los procesos de conocimiento, por el contrario, requieren del estímulo





que produce sentirse parte de la invención de nuevos mundos, el descubrimiento de los secretos de la naturaleza y de la historia. También del poder que existe en nuestros cuerpos, en nuestra memoria, en nuestra sensualidad, en nuestros modos de amar y ser amadas y amados; no como experiencias de propiedad y de control, sino de libertad.

Hablo del deseo personal y colectivo que nos empuja a la transformación tanto personal como social, del deseo no castrado, no domesticado, que busca maneras de realizarse y encuentra en la educación un espacio de aproximación a los sueños.

### HACIA UNA PEDAGOGÍA DE LA LIBERTAD Y UNA PEDAGOGÍA FEMINISTA EN LAS ESCUELAS

El primer libro del educador brasileño Paulo Freire fue *La educación como práctica de la libertad*. La integración de una perspectiva de género en los proyectos de formación docente, introducida por el feminismo, apunta precisamente a ese objetivo.

Se trata de una práctica de la libertad que denuncia el ejercicio de un poder esclavizante de los cuerpos de las mujeres. Una práctica de la libertad que supone un modo de encuentro y reintegración de los cuerpos lacerados por la violencia. Una práctica de la libertad en un continente atravesado y desgarrado por la Con-

quista y la Colonia, periodos que marcaron los cuerpos de las mujeres como herida y como cicatriz.

Hace más de cinco siglos, la corporalidad de las mujeres ha venido siendo ocupada por las lógicas de los conquistadores y de sus herederos. La *performance* de la masculinidad se basa en la repetición del gesto de la Conquista. Cuerpos y territorios han quedado sometidos a la esclavitud a través de la fuerza.

Realizar procesos de formación de educadores y educadoras con perspectiva de género es una acción pedagógica de “descolonización de saberes”,<sup>6</sup> que parte precisamente de quienes tendrán en sus manos la tarea de educar para la libertad. Además, implica descolonizar las pedagogías basadas en la disociación de los cuerpos, las mentes, los sentimientos y los pensamientos.

Cuando hablamos de perspectiva de género —como categoría de análisis de las relaciones de opresión establecidas por el sistema patriarcal— queremos también decir que ésta requiere valorizar y desmitificar la expe-

6 Entendemos la descolonización de saberes como una propuesta político-pedagógica que busca develar la violencia ejercida para imponer la cultura conquistadora eurocéntrica y occidental en nuestros territorios, y que realiza una pedagogía dirigida a valorizar y a recuperar los saberes y las identidades culturales originarias de nuestros pueblos.



riencia feminista. No creemos en una “perspectiva de género” que pueda realizarse desde una posición neutra o equidistante de la práctica y teoría que el movimiento de emancipación de las mujeres ha venido elaborando a lo largo de la historia.

No conciliamos con la utilización de la categoría “género” para comprender los modos en los que funciona el poder patriarcal, invisibilizando a las teóricas feministas que pudieron elaborarla. Enseñar desde una perspectiva de género es reconocer los aportes del pensamiento feminista que han permitido a las mujeres no vivir las violencias como hechos individuales, como castigos divinos, como resultado de malas elecciones personales de pareja, de trabajo, de maternidades o de incapacidades propias, sino comprenderlas como un modo de disciplinamiento social.

Estos aportes han permitido que las mujeres y las disidencias sexuales hagan respetar el derecho a decidir sobre sus cuerpos, y a construir vidas basadas en la autonomía y no en la dependencia.

En este proceso, los educadores y las educadoras encontrarán claves para hacer una aventura colectiva del momento educativo. También hallarán caminos para cambiar su propia vida, para lograr una interpelación no solo del hacer pedagógico, sino de cada momento en el que se construyen como personas.

Seguramente quienes lean estos apuntes puedan considerar que hay en ellos un soplo utópico. Algo así como “qué lindo sería, pero qué difícil; es imposible”. Sin embargo, entiendo que cada día más lo imposible es aceptar esta orden de muerte que nos imponen a través de la violencia. Así como los pueblos no se suicidan, estamos en el límite preciso en el que las mujeres necesitamos poner un “Nunca Más” a las políticas feminicidas, a la violencia patriarcal.

Las gigantescas movilizaciones en todo el continente, realizadas bajo las consignas “Ni Una Menos”, “Vivamos queremos”, nos hablan de la posibilidad de crear un nuevo tiempo histórico. Esto abre las puertas para transformaciones profundas de nuestra sociedad. Estamos ante la posibilidad de que esta revuelta de mujeres se organice como una revolución feminista en todas las dimensiones de la vida. Pensar desde esta perspectiva la educación significa revolucionarla al calor de las rebeldías que recorren las calles y sacuden las emociones y las reflexiones.

Es hora de cambiar la escuela, y un punto desde el que se puede empezar es precisamente la educación de las educadoras y los educadores. No es matizar de lila, violeta o de los colores del arcoíris los currículos grises de la educación bancaria y patriarcal: significa ponerlas patas arriba y reinventarlas. **T**